

GUSTAVO GUTIÉRREZ

**LA DENSIDAD DEL
PRESENTE**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Gustavo Gutiérrez, 2003

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1496-3

Depósito legal: S. 830-2003

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Introducción: Gustavo Gutiérrez, su persona, su teología y su espiritualidad, por Casiano Floristán</i>	9
<i>Presentación</i>	17
Quehacer teológico	
1. Quehacer teológico y experiencia eclesial	21
2. La teología, una función eclesial	29
3. Lenguaje teológico, plenitud del silencio	41
4. En busca de nuestra manera de hablar de Dios	71
5. Situación y tareas de la teología de la liberación	89
Dos testigos del Espíritu	
6. Juan de la Cruz desde América Latina	115
7. Bartolomé de Las Casas: memoria de Dios y anuncio del evangelio	129
Evangelio y compromiso	
8. Caminos de solidaridad	155
9. Liberación y desarrollo, un desafío a la teología	169
10. De marginado a discípulo	183
11. Evangelio y derechos humanos	195
<i>Referencias bibliográficas</i>	201
<i>Índice general</i>	203

Quehacer teológico y experiencia eclesial

Se me pide un testimonio personal respecto al quehacer teológico en relación con las comunidades eclesiales de base. La presentación de una experiencia lleva a hablar, en parte por lo menos, en primera persona, y eso hace la tarea más ardua que si se tratara de un enfoque abstracto del tema. Empresa difícil, creadora además de una cierta inseguridad, porque no se sabe bien por dónde abordar convenientemente el punto. Intentemos una entrada, conscientes de que hay otras.

1. *Cuestiones metodológicas*

Durante mis años de estudiante universitario y miembro de grupos apostólicos laicos compartí con otros amigos la inquietud de conocer más y mejor la doctrina cristiana. Era lo que llamábamos el aspecto de estudio o formación, que veíamos como condición necesaria para la acción, según el famoso principio que se enunciaba en forma exigente: «Nadie da lo que no tiene». Ese estudio consistía en el obligado, aunque breve, comentario bíblico; el análisis de encíclicas, ya sea de materia social (*Rerum novarum*, *Quadragesimo anno*), ya sea de contenido más estrictamente teológico (*Mediator Dei*, *Mystici corporis*), y en algunas lecturas (R. Guardini, K. Adam, etc.) y otras (a veces no concluidas...).

En ese tiempo, el término «teología» nos era poco familiar, y en todo caso se situaba en altas e inalcanzables regiones. Tal

vez por el testimonio de un sacerdote conocido asociábamos siempre la teología a la lengua y a nombres alemanes, lo que no hacía en ese entonces sino agrandar la distancia que sentíamos frente a un terreno que considerábamos coto de especialistas.

Más tarde, en tanto que estudiante de primer año de teología, intentando asimilar experiencias y lecturas peruanas y latinoamericanas, una materia me interesó de modo particular: la introducción a la teología. La pregunta por el sentido y la función de la inteligencia de la fe en la vida cristiana y eclesial me pareció no sólo previa, sino central y decisiva, además de ser una interrogante siempre abierta. El estudio de la primera cuestión de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino, el aporte de Melchor Cano sobre los lugares teológicos, el clásico libro de Gardeil sobre estos asuntos, me apasionaron. Devoré en unas vacaciones el artículo *Teología* de Y. Congar (en el *Diccionario de Teología católica*): su perspectiva histórica me sacó de un modo casi exclusivamente racional de enfocar el trabajo teológico, abriéndome a otras orientaciones (la Escuela de Tubinga, por ejemplo). Más tarde, la lectura de un libro de discreta circulación de M. D. Chenu, *La Escuela del Saulchoir*, me descubrió el alcance de la historia humana y la vida misma de la Iglesia como un lugar teológico.

Este interés hizo que en los tratados de teología que estudié fuese muy atento al aspecto metodológico y a la relación de la teología con las fuentes de la revelación. A ello contribuyó en forma particular la insistencia de muchos de mis profesores de Lyon en la sagrada Escritura. Entre mis proyectos de estudiante figuraba el de profundizar y enseñar más tarde este aspecto de la teología, que me parecía útil en orden a situar el porqué y el para qué del quehacer teológico. Esto no ocurrió, porque nunca me fue posible enseñar regularmente en una facultad de teología, no en mi país por lo menos. Me limité, aunque ello me enriqueció mucho, a cursos de teología para estudiantes de otras facultades, para quienes había, por consiguiente, que pensar en temas menos especializados en el ámbito de la relación fe y cultura.

De hecho, como sacerdote fui tomado íntegramente –y con alegría– por la actividad pastoral. Con universitarios en los muy primeros años y, por la dinámica de este mismo trabajo, casi inmediatamente en contacto con el medio popular y pobre, hasta llegar a una cierta fusión de estos dos campos de trabajo, interpeladores y complementarios. Fui llevado, pues, por la vía de los hechos a un modo de hacer teología que no había previsto en mi época de estudiante.

2. El sujeto de la teología

El pobre, con sus carencias y sus riquezas, hizo irrupción en mi vida. Un pueblo que sufre una situación de injusticia y explotación y que es al mismo tiempo profundamente creyente. El trabajo con lo que podemos llamar genéricamente comunidades eclesiales de base, expresión de esa entrada del pueblo pobre en la Iglesia, me puso en relación con un mundo en el que, a pesar de que tenía mucho de reencuentro con mis propias raíces, siento que apenas empiezo a dar los primeros pasos. Es más, conforme pasa el tiempo percibo incluso que los avances hechos son aún más tímidos de lo que creía hace unos años.

En la inserción y el trabajo en este mundo comprendí, con otros, que lo primero es escuchar. Escuchar interminablemente las vivencias humanas y religiosas de quienes han hecho suyos los sufrimientos, esperanzas y luchas de un pueblo. Oír no como inclinación condescendiente, sino para aprender sobre el pobre y sobre Dios. La lección que se recibe es simple: no hay, en el diálogo de una comunidad cristiana, relato de lo vivido sin que un elemento de reflexión, de un modo de ver la vida y la fe no esté ya incluido. En lo que se llama la revisión de vida –método adoptado por muchas comunidades– la perspectiva de fe no aparece sólo cuando se busca comprender unas experiencias a la luz de un texto bíblico. La fe traducida en compromiso concreto, la esperanza expresada en actitud frente a la vida

están presentes desde el inicio del compartir comunitario. La reflexión de fe puede y debe ahondarse de modo más explícito, pero ella acompaña de alguna manera todo el actuar cristiano en el seno de un pueblo que lucha por afirmar su dignidad humana y su condición de hijos e hijas de Dios. A la expresión oral se añade algunas veces la versión escrita de una experiencia de Dios, hecha oración y reflexión. Imposible hacer teología desde nuestro mundo sin tener en cuenta esos testimonios que se hacen cada día más abundantes.

Esta práctica llevó a descubrir –y Puebla lo recogió con fuerza– «el potencial evangelizador de los pobres». Esta capacidad de ser sujetos del anuncio del evangelio trae también con ella (si se me permite el término) un potencial «teologizador» de los pobres. No son palabras vacías o una búsqueda de simetrías artificiales. Se trata, más bien, de una vivencia cotidiana y desafiante que replantea nuestro quehacer teológico. O que tal vez nos hace regresar a las fuentes, a los primeros esfuerzos por una inteligencia de la fe en la vida de la Iglesia, al servicio de su tarea de anuncio del evangelio y de colaboración con quienes tienen por función orientarla con su ministerio pastoral y magisterial.

Me pareció claro así que en las comunidades que evangelizan, que convocan en *ecclesia* (y que por ello son precisamente eclesiales), se hace teología, se piensa la fe, la condición cristiana. Se trata del ejercicio del derecho a pensar que tiene el pueblo pobre. Es un modo de afirmar su derecho a la vida, derecho que le es recusado de diferentes maneras. La fe del pobre, como toda fe, busca por exigencia propia comprenderse a sí misma. En el fondo no es sino una expresión del tradicional principio «fides quaerens intellectum». El verdadero sujeto de esa reflexión no es el teólogo aislado, sino la comunidad cristiana y, por círculos concéntricos, la Iglesia entera con sus diferentes carismas y responsabilidades.

Aquellos cristianos que llamamos más estrictamente teólogos («teólogos profesionales») se les califica en algunos am-

bientes) cumplirán con eficacia su tarea en la medida en que estén ligados a la comunidad cristiana, en que formen parte de ella, en que compartan cotidianamente con otros las razones de su esperanza. No se trata, digámoslo sin demora, de estar presente simplemente para recoger las preguntas que vienen de los pobres y de quienes están comprometidos con ellos en vistas a tratar de responderlas por nuestra propia cuenta. El asunto es más complejo. Compartir esas reflexiones enseña que en ellas no sólo hay interrogantes, se dan también pautas de respuestas que esos cristianos van descubriendo frente a los desafíos que encuentran en su solidaridad con los pobres y oprimidos. Muchas de las expresiones y categorías empleadas por la teología de la liberación vienen de las comunidades de base (una de ellas, por ejemplo, es la que mencionábamos antes: el potencial evangelizador de los pobres).

La tarea del teólogo consiste entonces en aportar a la comunidad lo que un entrenamiento académico le haya podido dar, como un mejor conocimiento y familiaridad con la sagrada Escritura, la Tradición y enseñanza eclesial, la teología contemporánea. La teología no es una tarea individual, sino una función eclesial. Ella se hace desde la palabra de Dios recibida y vivida en la Iglesia, en orden a su anuncio a toda persona humana y en especial a los desheredados de este mundo. Creo que la existencia de solidaridad con las luchas de los pobres por construir una sociedad humana justa y libre, y por proclamar el evangelio a todos en el corazón de la inteligencia sobre la fe no es únicamente una condición para tener lo que a veces se llama una «teología comprometida». Es también indispensable –aunque esto pasa a veces inadvertido– para lograr un discurso sobre la fe que responda a las verdaderas y más agudas cuestiones del mundo contemporáneo en el que viven y dan testimonio las comunidades de base. Es condición, en última instancia, para elaborar una teología seria, científica y responsable.

En efecto, contrariamente a lo que algunos piensan –y temen–, la experiencia muestra que la cercanía a las comunida-

des eclesiales de base obliga a un gran rigor en el quehacer teológico. Las cuestiones y las grandes líneas de respuesta que vienen de ellas, las necesidades de su acción, sus tareas en el medio popular en que están insertas, no dejan lugar a elucubraciones evasivas o irresponsables

3. *Vida y reflexión*

Entendido así, el quehacer teológico no está exento de tensiones. ¿Cómo conciliar, por ejemplo, la pertenencia a una comunidad y sus exigencias diarias, con una tarea intelectual que tiene sus leyes y demanda un espacio y un tiempo propios? ¿Cómo emprender una laboriosa inteligencia de la fe cuando los pobres se enfrentan con necesidades inmediatas en relación a su supervivencia física, con todo lo que ello implica para su existencia cristiana? Estas cuestiones se nos plantean como más exigentes cada día.

Para ser francos debemos decir que estas interrogantes siguen abiertas. No logramos darles una respuesta satisfactoria; sabemos, eso sí, que no podemos renunciar a ninguno de sus dos extremos. Además, pese a todo, ¿importa realmente tener una contestación definitiva a estas preguntas? ¿No se trata precisamente de una tensión que pone en marcha un discurso sobre la fe que esté realmente al servicio de la tarea evangelizadora –gesto y palabra– de la Iglesia? La angustia que dicha tensión produce a veces ¿no es más bien fruto del malestar del teólogo, que siente que nada entre dos aguas, que de una verdadera necesidad de la teología misma y, lo que es más importante, de la comunidad cristiana en función de la cual esa reflexión debe situarse y hacerse?

Tampoco estas cuestiones tienen respuesta perentoria. Tal vez ellas se irán resolviendo –o desapareciendo– en el camino. Un camino distinto tal vez al que habíamos previsto quienes como estudiantes sentíamos una vocación teológica, pero que re-

coge lo mejor de él, que valora lo que adquirimos al recorrerlo, que nos lleva a retomar viejas inquietudes desde perspectivas diferentes. Se busca y se construye así un lenguaje sobre Dios (eso es una teología) con un pueblo que vive la fe en medio de una situación de injusticia y explotación negadora de Dios, la esperanza en una irrenunciable alegría pese a sus sufrimientos y la caridad en la solidaridad con los más pobres marginados de la sociedad. Un lenguaje contemplativo que tiene su punto de partida en el silencio orante ante el misterio de Dios, y un lenguaje profético que percibe en Cristo el lazo indisoluble entre el Reino y los desheredados de este mundo. Un lenguaje que surge en los sectores populares de América Latina y de otros continentes, como en el libro de Job, en el marco histórico de la experiencia del sufrimiento del inocente. Una voz que, entre otras, tiene derecho a hacerse oír en el seno de la Iglesia universal. Una teología que intenta constituirse por eso en una hermenéutica de la esperanza del pobre en el Dios de la vida.

Son muchos los puntos metodológicos por precisar y criticar si no queremos ser atrapados por entusiasmos superficiales y formulaciones fáciles. Pero tenemos la convicción de que algo profundo y preñado de consecuencias se abre paso. Sólo desde el seguimiento de Jesús, desde una espiritualidad, es posible hacer un fecundo discurso sobre la fe. En esa búsqueda se trata de recorrer una ruta hacia el Padre y de vivir según el Espíritu. Senda hecha de fidelidad honda a las exigencias del mundo pobre y a la Iglesia convocada para proclamar la resurrección del Señor, un mensaje de vida plena en medio de la situación de muerte que viven los pobres. Un camino para vivir y reflexionar la fe en relación con lo que Juan XXIII llamaba la Iglesia de todos y, en particular, la Iglesia de los pobres.